

¿A qué vino Sarkozy?

José Fernández Santillán

El tema dominante de esta semana ha sido la visita del presidente Nicolas Sarkozy a México, con la consecuente polémica en torno a lo que él mismo impuso como preocupación fundamental, es decir, la solicitud de repatriación de la ciudadana francesa Florence Cassez acusada del delito de secuestro. Lo que no nos hemos preguntado es el motivo por el cual Sarkozy puso en el primer lugar de su agenda este asunto. Es conveniente, pues, echar un vistazo a su personalidad política para entender mejor por qué actuó de esta manera.

Desde joven militó en el ala derechista del movimiento inspirado en el general Charles de Gaulle. Mostró, desde entonces, una obsesión por escalar la pirámide del poder a costa de lo que fuera, incluso de traicionar a quienes lo ayudaron a ascender. Eso fue lo que sucedió en 1995 cuando Sarkozy apoyó al primer ministro Edouard Balladur en sus aspiraciones para convertirse en presidente de la República, dándole la espalda a su tradicional protector, Jacques Chirac.

Alain Badiou, en su libro *De Quoi Sarkozy Est-il le Nom?* (¿Qué significa el nombre Sarkozy?), señala que la política de Sarkozy está ba-

sada, como es usual entre la derecha, en el miedo: para él, las expresiones de descontento social se convierten en amenazas a la seguridad pública. En cuanto el Estado goza del monopolio del uso de la fuerza es necesario usarla sin reserva. Esto es, "mano dura contra la delincuencia", en la que se incluye a la disidencia que se manifiesta en las calles.

El ascenso de Sarkozy al poder, de acuerdo con Badiou, se debió, por una parte, a la incapacidad de la izquierda francesa para presentarse como una opción convincente; pero también, por otra, a la desorientación colectiva. Ya en el puesto de mando Sarkozy ha querido acumular más poder aprovechando esa pérdida de sentido. Por eso lo han acusado de caer en el bonapartismo y más corrientemente en el "petanismo", o sea, en po-

siciones semejantes a las de Philippe Petáin, gobernante que se doblegó ante la ocupación nazi e impuso políticas reaccionarias.

Con todo y eso, el manejo que Sarkozy ha hecho del aparato de Estado está lejos de ser eficiente; más bien es sinónimo de debilidad, no de fortaleza. La desorientación social no ha sido resuelta o trascendida por el Estado. El descontrol se muestra, igualmente, en las acciones de su gobierno.

Sarkozy anunció una serie de acciones que no han sido aplicadas. Puso a funcionar, por ejemplo, una Comisión de Reformas Constitucionales, pero rechazó asumir sus recomendaciones porque implicaban una moderación del poder presidencial.

Su carácter irascible es bien conocido. En una entrevista concedida a Peter Allen, del cotidiano *Telegraph* (17/II/2009), su actual esposa, Carla Bruni, admitió estar luchando a brazo partido para controlar la notoria agresividad del temperamento de su marido. Dibujó al diminuto jefe de Estado como un déspota que requiere constantes esfuerzos por mantenerse en calma.

Por eso, cuando oí decir a Sarkozy que abogaba por la señora Cassez porque él "tiene que ver por el bien de todos sus conciudadanos", no pude contener la risa y recordar lo que dijo un joven que participó en los disturbios que sacudieron a Francia a fines de 2005 cuando Sarkozy era ministro del Interior y manejaba la fuerza pública: "Lo único que sé es que ahora que es presidente los toletazos de los policías van a ser más duros". Esa es la verdadera forma en que se ocupa del bienestar de sus compatriotas.

Con este telón de fondo podemos entender mejor lo sucedido: Sarkozy no vino a mediar por esta secuestradora impulsado por sentimientos humanitarios, sino para hacerse propaganda así como le sacó raja al rescate de Ingrid Betancourt en Colombia, aunque ambos casos sean totalmente distintos.

jfsantillan@itesm.mx

Académico del ITESM-CCM

